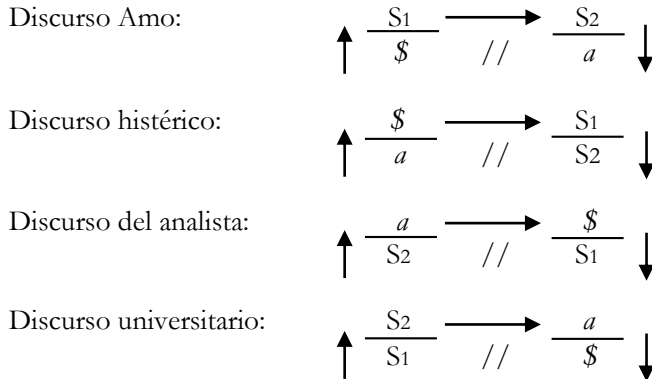
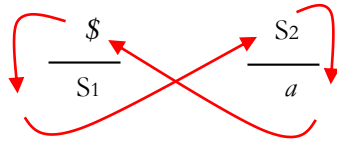


DEL DISCURSO PSICOANALÍTICO
CONFERENCIA EN MILÁN
JACQUES LACAN

En el pizarrón:



Discurso capitalista



Que se diga, como hecho, queda olvidado tras lo que se dice en lo que se escucha.

Este enunciado que es asertivo por su forma, pertenece a lo modal por lo que emite de existencia.

Agradezco mucho a M. Cesa Bianchi habernos dado estas pocas referencias, estas palabras de información, que fueron muy exactas sobre lo que puede constituir un cierto número de etapas. Por consiguiente, lo que he hecho en el curso de estos años ha conducido a decir... Mi embarazo se sostiene en que no sé, no puedo apreciar de ninguna manera el grado de audición del francés que representa vuestra asamblea. Estoy muy feliz de ver un gran número de jóvenes pues por supuesto, es en ellos que pongo mi esperanza.

Debo decir que no amo hablar francés delante de gente de la cual sé que no está familiarizada con esta lengua. Entonces, espero sentir hasta donde puedo ir en este orden de emisiones. He recordado en el almuerzo a algunos amigos una experiencia que me sucedió en John Hopkins University. Era tan manifiesto que mi asamblea no entendía nada si yo hablaba francés que, habiendo tomado en primer lugar, ante el ruego general, la resolución de hablar francés, comencé a excusarme en inglés por hablar francés, y esta excusa duró una hora y media,

en inglés por supuesto. Es horroroso escucharme hablar inglés. Pero los americanos son tan complacientes que uno puede permitirse tales derogaciones, ¿no?. Veo que comprenden el francés, bien, eso me da coraje. Por consiguiente no continuaré hablando de los americanos: soy totalmente incapaz de hablarles italiano, es por eso que hablo francés.

Anuncié que hablaría del discurso psicoanalítico, no es un término que haya adelantado desde hace mucho tiempo, pero al menos desde hace tres años. No es cómodo, delante de un auditorio que no es de mis alumnos, que no está formado, curtido en algo (ya ven comienzo a abrir paréntesis), que no está curtido en algo que es mi enseñanza, mi seminario, como se lo llama: no es un seminario, puesto que sólo yo hablo. En fin, se ha vuelto eso. Durante años hice hablar a otras personas en mi seminario, eso me descansaba, pero en fin, poco a poco, quizás porque el tiempo apremia, renuncié.

Entonces, esta enseñanza que dura desde hace veinte años, cuyos “Escritos”... en fin, estoy forzado a hablar de los “Escritos” pues acaban de aparecer, al menos una primera parte. Quizás habrá otros, gracias a Giacomo Contri que les ha consagrado un gran cuidado y mucho tiempo. Estoy forzado a hablar un poco de los “Escritos” que, parece, no son fáciles. Es verdad: no lo son, para nada. Es que nunca han sido hechos, esos famosos “Escritos”, para reemplazar mi enseñanza. Hay al principio una buena mitad que han sido escritos antes que la comience, es decir, no es de ayer, hace veinte años que hago lo que se llama mi seminario. Hay una buena mitad que son de antes, y en particular aquellos que son en mucho el pivote de lo que he podido aportar al discurso psicoanalítico, como el “estadio del espejo”. El estadio del espejo era una comunicación que hice en un congreso en los tiempos en que todavía formaba parte de lo que se llama I.P.A. (Internacional Psicoanalítica –*Avouée ou avouable*- confesa o confesable, como quieran). En fin, es una manera de traducir esas palabras. Luego, la segunda parte de los “Escritos” consiste en una serie de artículos donde me encontraba, cada año a partir de cierto momento, en situación de dar una suerte de punto de referencia, que permitiera a aquellos que me escuchan en el seminario, encontrar condensado, en suma concentrado, lo que había podido aportar o lo que creía haber podido ubicar como siendo axial en lo que había anunciado.

Eso no impide que sea una mala manera, en suma, de hacerse un público. Es muy difícil la noción de público. Voy a arriesgarme a recordar que cuando esta publicación, me libré al juego de palabras de llamarla “*poubellication*”. Veo que hay gente que sabe lo que es la palabra “*poubelle*” (basura). ¡Hay una gran confusión en efecto en nuestros días, entre lo que hace público y lo que hace basura! Es por eso que me rehúso a las entrevistas, porque a pesar de todo, la publicación de las confidencias es lo que hace a la entrevista. Consiste en atacar al público a nivel de la basura. No hay que confundir la “*poubelle*” con el pubis. No es parecido. El pubis tiene mucha relación con el nacimiento de la palabra público. Es verdad, no se discute, pienso.

Hubo un tiempo donde lo público no era la misma cosa que el chisme de lo privado, y cuando eso pasaba al público se sabía que era un develamiento, pero ahora eso no devela nada porque todo está develado. Evidentemente estoy forzado al menos a decir algo, siendo que no los veré más de una vez. En fin, me sorprendería volver a verlos. A pesar de todo, estoy forzado a decirles algo que es del orden de esta confidencia. A saber, cómo puedo sentirme actualmente en esta posición que ocupo dirigiéndome a gente que no forma parte de mi auditorio.

Lo que puedo marcar es lo que dije en primer lugar, que los “Escritos”, me parecen difíciles, exportados, fuera de contexto de cierto esfuerzo que hago y entonces voy a decir sobre lo que están centrados, los “Escritos”, en fin, bastan para todo lo que se pueda elucubrar que corresponde verdaderamente a mi discurso. El auditorio y el *editorio*, si puedo expresarme así, no son del mismo nivel, lo ven. Jugamos, *editorio*, como... “poubellication”... eso hace obsceno y del mismo golpe el auditorio se contamina. Es una manera de ver lo que puedo decir y de introducirlos, dulcemente, lo cual es muy importante.

1

Lo que llamaría el juego de los significantes, eso desliza al sentido. Pero lo importante en lo que enuncio es que eso no desliza más que a la manera de un *derrapaje*. Para aquellos que no están acostumbrados a estos términos, digo simplemente esto: los significantes o el juego de los significantes, está ligado al hecho de *lalengua*, del lenguaje –no es equivalente. *Lalengua* es algo bastante especificado para cada uno, es *lalengua* materna: el italiano para la mayor parte de ustedes. Es eso que hace *lalengua*. Se encuentra que hay algo que se puede ubicar como estando determinado hacia mismo fin, para todas las lenguas, y es generalizándolo, como se dice, que se habla del lenguaje como caracterizando al hombre.

(Ruidos en la sala)

¿Qué hay? No pediría nada mejor que dejarle la palabra a alguien que me probara que no hablo en vano. Entonces, el lenguaje, se tiene el sentimiento de que eso define un ser, que se llama generalmente el hombre, y después de todo, se contentan estrictamente con definirlo así. ¿Por qué? Es cierto que hay sobre el cual ha descendido el lenguaje, por decirlo así, y ese animal está verdaderamente marcado por eso. Está marcado a tal punto que no sé hasta dónde llegar para decirlo bien. No es solamente que la lengua forme parte de su mundo, es que sostiene su mundo de cabo a rabo. Es por eso que... No intenten buscar cuál es mi *Weltanschauung* –no tengo ninguna *Weltanschauung*- por la razón de que lo que podría tener, en rigor, consiste en decir que el *Welt*, el mundo, esta edificado con el lenguaje. Esto no es una visión del mundo, no dejo lugar a ninguna visión –lo que se imagina ser visto, ser intuitivo, está evidentemente ligado al hecho de que tenemos ojos, y que la mirada, es verdaderamente una pasión del hombre.

La palabra, también, por supuesto. Uno se da cuenta menos de eso. Pues hay otros elementos que son totalmente causa de su deseo. Pero es un hecho que el psicoanálisis, la práctica psicoanalítica, nos ha mostrado el carácter radical de la incidencia significativa en esta constitución del mundo. No digo para el ser que habla, porque lo que he llamado el *derrapaje*, este resbalón que se hace con el aparato del significante, es lo que determina al ser en lo que habla. La palabra ser no tiene ningún sentido por fuera del lenguaje. La manera que se tiene, más o menos culta, de derrapar sobre la superficie de lo que se llaman las cosas... hasta el momento donde se comienza a considerar que las cosas..., no es muy serio. Se llega verdaderamente a concentrar la potencia del significante de tal manera que una parte de ese mundo finito se escribe en una fórmula matemática, simplemente.

Fórmulas matemáticas a las cuales, para el alumno, se intenta conjugar un sentido. En efecto, se llega allí: la fórmula de Einstein e incluso de Heisenberg, son pequeños términos que designan la masa y la masa siempre tiene efecto, uno se imagina que se sabe lo que es. Y en efecto, uno no se lo imagina siempre –a veces, cuando se tienen nociones físicas precisas, se sabe cómo se calcula eso pero uno cometería un error si creyera que la masa es eso o eso... por el sentimiento. Es únicamente a partir del momento en que se comienza a dar vuelta algo que se ve que el cuerpo tiene una masa. Pero eso queda siempre contaminado por algo que está ligado al hecho de que hay una correlación entre la masa y el peso, por lo cual en realidad es mejor no buscar comprender y atenerse a las fórmulas. Es lo que la matemática demuestra verdaderamente cuál es el punto de uso del significante. Por supuesto, estamos llevados a concluir (...) que de hecho estamos sumergidos en el lenguaje. Noten que no digo: somos seres parlantes. Estamos en el lenguaje y no me creo en condiciones de decirles por qué ni cómo eso comenzó. Al igual que se ha podido comenzar a decir algo sobre el lenguaje liberados del prejuicio de que eso es esencial que tenga un sentido: no es esencial que tenga un sentido, y es incluso en eso que se funda esta nueva práctica que se llama la lingüística. Lo que es necesario es que la lingüística se centre bien sobre el significante en tanto tal.

No es necesario creer que el significado, que bien entendido se produce en la estela del significante, sea algo de alguna manera primero; y decirse que el lenguaje está allí para permitir que haya significación; es un paso del que lo menos que se puede decir es que es precipitado. Hay algo más primario que los efectos de significación, y es allí que la búsqueda –nunca se busca algo si primero no se lo encontró–, es allí que el encuentro se susceptible de tener efecto.

En fin, noten que por el significante llego luego, con lo que llamé el *derrapaje*, al efecto de deslizamiento. Seré llevado a hacer la metáfora de que el significante es como el estilo: es similar, lo que habría es el estilo. Es posible, quizás, que el animal humano lo haya fabricado un día. No tenemos la menor huella de lo que podría llamarse la invención del lenguaje. Por más lejos que lo veamos funcionar en el pasado, es lo que está en primera fila.

2

Bueno, entonces, me dirán, ¿qué tiene que ver esto con el psicoanálisis? Tiene que ver de la manera más directa, porque si uno no parte de este nivel, que es el punto de partida, uno no puede hacer absolutamente nada en la experiencia psicoanalítica. No puede hacer nada más que la buena psicoterapia, como muy bien lo reconocen los psicoanalistas. Ellos confiesan todo, sueltan todo. Hubo un día en que Claudel imaginó que el castigo de Poncio Pilatos debía ser esto, porque él preguntó, muy a propósito: ¿Qué es la verdad? ¿Qué cada vez que hablaba delante de un ídolo, el ídolo abría su vientre, y que salía? Era un formidable chisme de época, los trucos que se guardaban en el buche. Los psicoanalistas son así, confiesan todo. Confiesan todo y todo lo que cuentan prueba que evidentemente son muy buenas personas. Es loco que amen al ser humano, que quieran su bien, su normalidad –es inaudito, en fin, es inaudita la locura de curar, ¿curar de qué? Es justamente lo que es necesario poner en cuestión. ¿En nombre de qué se considera como enfermo? ¿En qué un neurótico está más enfermo que un ser llamado normal?

Si Freud aportó algo, es justamente por demostrar que la neurosis está estrictamente insertada en una falla que él nombra, que designa perfectamente, que llama sexualidad. Es justamente en lo que el hombre no está a gusto en absoluto. El hombre en un sentido amplio, la mujer tampoco. En fin, no hay nada admirable, que haya gente aquí que tiene el aire de escucharlo por primera vez. Es una hija, eso no va. Para la hija tampoco. Y desde que el mundo es mundo, hay toda una literatura, hay *La literatura*, que no sirve más que para decirlo. Entonces, Freud habló un día de sexualidad {falsete} *y bastó que esa palabra melosa salga de su boca para que todo el mundo crea que es para resolver la cuestión.*

Es decir, que a partir del momento en que se plantea una cuestión, que ya hay la respuesta, por consiguiente si plantea la cuestión es porque tiene la respuesta –así eso debería marchar. Lo que supondría que Freud tenía la idea de acuerdo sexual. Ahora bien, basta leer, abrir su obra para ver que hasta el fin, porque era hombre, en fin, permanece ahí. Y lo dice, lo escribe, lo despliega, en fin, para preguntarse una mujer: ¿qué es lo que quiere? No hay necesidad de hacer alusión a la biografía de Freud, porque es siempre así como se limita la cuestión, tanto más cuando él era neurótico como todo el mundo, pues tenía una mujer que era una jodida. En fin, es conocido: la vieja Madame Freud... Es verdaderamente empuñarse la cuestión. Es justamente por eso que jamás me puse a hacer el psicoanálisis de Freud, tanto más cuando es una persona que no conocí.

Lo que está dicho por Freud es lo que vengo a decir. Es ese *derrapaje* del significante del que hablaba, que hace que en nombre del hecho de que él describió su “sexualidad”, se supone que él sabía lo que eso quería decir: sexualidad. Pero justamente lo que nos explica es que no lo sabe. No lo sabe. La razón por la cual no lo sabe es la que le hizo descubrir el inconsciente. Es decir, darse cuenta de que los efectos del lenguaje juegan en este lugar donde la palabra “sexualidad” podría tener sentido. Si la sexualidad en el ser parlante funcionara de otra manera que la de enredarse en estos efectos del lenguaje... No estoy en tren de decirles que el lenguaje viene a rellenar el agujero – no sé si el agujero es primitivo o segundo: a saber, si es el lenguaje el que ha transformado todo. Me sorprendería que el lenguaje esté allí para trastornar todo. Hay campos donde eso triunfa, pero donde eso no triunfa nunca más que para hacer reparto de lo que parece ir bien en los animales – a saber, que ellos tienen el aire de besar de una manera bien refinada. Porque es verdad, en los animales eso tiene el aire de pasar graciosamente –lo que nos sorprende por contraste. Hay la parada. Hay toda suerte de aproximaciones encantadoras, y luego eso tiene el aire de dar vueltas hasta el fin. No hay apariencia en los animales, ni violaciones, ni ninguna de todas esas complicaciones, todo ese camelo que se hace alrededor. Eso pasa entre ellos de una manera, para decirlo todo, civilizada.

(Risas).

En el hombre, eso hace a lo que se llaman los dramas. Por lo cual, por supuesto, todo el malentendido. Que los hombres hicieran el amor como los animales sería agradable. Me agota un poco, instruirlos sobre algo tan patente. Es necesario a pesar de todo recordar justamente lo que es de la experiencia del psicoanalista. Que él haga como si no supiera nada de ello sostiene una necesidad de discurso que está escrita en el pizarrón. Es necesario que me sirva de eso, pues vine un cuarto de hora antes para escribir el pizarrón. Eso contiene los caracteres claves en todo discurso de ese punto que llamo el semblante. Mi último seminario –llámenlo como quieran pero

no es el último porque el último es el que estoy en tren de terminar-, se llamaba “De un discurso que no sería del semblante”. Me pasé un año demostrando que es un discurso totalmente excluido. No hay ningún discurso posible que no fuera del semblante. Es del semblante, entonces es totalmente admisible en cierto nivel que el psicoanalista haga semblante, como si estuviera allí para que las cosas marchen en el plano sexual. Lo fastidioso es que termine creyéndolo, y entonces eso lo petrifique completamente. Es decir, para llamar las cosas por su nombre, así se vuelve un imbécil.

Creo que era, en cierta fecha, necesario –para permitirle hacer un poco de gimnasia, para que, en una tal experiencia instituida, pudiera hacer algo que no estuviera de más –que fuera necesario al menos recordarle lo que hace: a saber, a pesar de todo, hacer hablar a alguien explicándole cómo es necesario hacerlo, lo que significa decir no importa qué. Explicarle la regla: decir a una persona cómo es necesario que hable...y que eso llegará a dar algo. Lo que se trata de comprender es por qué algo que se hace con este aparato que se llama el significante puede tener efectos. Que hay allí un despegue necesario, que consiste justamente en no comprender demasiado rápido. Es esto lo que intento decir.

3

En cierta época, evidentemente no era una época muy bien elegida, pero no tenía elección, entre el psicoanálisis, un poco tarde. En efecto, hasta ese momento, en neurología, un bello día ¿qué es lo que pudo afectarme? Yo había cometido el error de ver lo que puede ser lo que se llama un psicótico. Hice mi tesis sobre eso: “De la psicosis paranoica” –¡escándalo!- “en sus relaciones con la personalidad”. “Personalidad”, piensen que no soy yo quien podría burlarme. Pero en fin, en esa época eso representaba para mí una nebulosa, en fin, algo... algo que era ya suficientemente escandaloso para la época. Quiero decir que eso producía un verdadero efecto de horror.

En fin, eso me condujo a hacer la experiencia del análisis en mí mismo. Después vino la guerra, durante la cual proseguí la experiencia. Al fin de la guerra comencé a decir que podría quizás decir algo de esa experiencia. Sobre todo –me decía-, porque nadie comprende nada... se ve, ya lo señalé hace un momento. En fin, para ser breve, fue necesaria una especie de crisis, de crisis política, política interior... el “*micmac*” entre psicoanalistas, para que me encontrara en una posición de partida. Y como se veía en el aire que querían que yo haga algo por ellos... comencé, aunque como dije, un poco tarde. Pero nunca me sentí fastidiado por llegar tarde. Comprobé que no tenía ninguna necesidad, después de todo, de forzar a la gente. Para no forzarlas, comencé a contar las cosas al nivel en el que las había visto.

Retorno a Freud: se me había puesto naturalmente esta etiqueta, que merecía por otra parte, porque es así como me presenté al principio. ¡Estaba loco por Freud! Simplemente era el procedimiento por el cual los psicoanalistas se apercebían de que lo que estaba en tren de decirles ya estaba en Freud. A saber, que basta que uno analice un sueño para ver que se trata del significante. Y del significante en toda esa ambigüedad que llamé hace un rato la función del

derrapaje. A saber, que no hay un significante cuya significación esté asegurada. Puede siempre ser otra cosa, incluso pasa su tiempo en deslizarse tan lejos como quiera en la significación. Tan sensible es la “*Traumdeutung*”, no lo es menos en “*La psychopathologie de la vie quotidienne*”, ni en *Le mot d’esprit*. Todo me parece esencial, es esencial, la cosa que me impresionaba era esta prioridad del significante.

(*Cambio de cinta*).

Ahora todo el mundo está al corriente. Es lo que encontrarán en una revista de vanguardia, o incluso no de vanguardia, no importa, en cuanto a ese significante, rompimos las orejas. Cuando pienso que en el momento en que comencé estábamos bajo el reino del existencialismo, y ahora, no sé, no querría parecer alguien que atenta contra el estilo de un escritor por el cual tengo la mayor admiración: se trata de Sartre. Incluso Sartre tiene ahora al significante en su vocabulario. Todo el mundo, en fin, sabe que el significante significa *lacanización*. ¿Qué quiero decir? ¡Bueno! De tiempo en tiempo me imagino que estoy para algo, y en ese caso, es justamente lo que me ha hecho.

Encuentro en mis notas, que había escrito el 11 de abril de 1956, en un seminario transcrito. Es verdad que mucho antes que eso hubiera devenido absolutamente... en fin, mi obra ahora conocida. Por supuesto, era totalmente distinto. No es menos verdad que lo que estoy en tren de decirles ahora –que será explotado dentro de veinte años–, cuando es a las estructuras lógicas que recorro para definir de qué se trata en lo que llamo discurso psicoanalítico, puedo muy bien apercibirme de que hay cosas divertidas: ustedes comprenden, por ejemplo, que si les hablo he dicho que mis “Escritos” no hacían falta para fatigarlos... pero a pesar de todo, en el anteuúltimo parágrafo de mi “Intervención sobre la transferencia”, está escrito: “*El caso Dora parece privilegiado para nuestra demostración en que, tratándose de una histérica, la pantalla del yo es en ella bastante transparente para que en ninguna parte, como dijo Freud, sea más bajo el umbral entre el inconsciente y el consciente, o mejor dicho, entre el discurso analítico y la palabra del síntoma*”.

Evidentemente, es en 1951, el discurso analítico, me tomé el tiempo para darle su lugar. Pero en fin, nunca escribo las palabras al azar, y el discurso analítico está sin embargo allí, yo lo produje. En fin, cinco años más tarde, cuando había comenzado mi enseñanza, la estructura... la estructura, escribí entonces, porque ahora yo prestaría más atención. Yo no quería reunirme o parecer reunirme a esta ensalada que se llama el estructuralismo. Pero en fin, la estructura, hablaba de eso entonces porque nadie conocía esa palabra. En fin, la estructura es una cosa que se presenta en primer lugar como un grupo de elementos, formando un conjunto covariante.

Estoy ahora en orientarme sobre lo que se llama precisamente la teoría de los conjuntos. Hablo seguidamente de estructuras cerradas y estructuras abiertas, lo que es igualmente corriente en lo que enuncio actualmente. Y especialmente vemos allí las relaciones de grupos fundadas sobre la noción de conjunto, subrayo: relaciones abiertas o cerradas. Al tiempo que no puedo expresarme de otra manera que decir que extraer una ley natural, es extraer una fórmula

significante pura. Menos significa algo, más podemos ubicarla desde el punto de vista científico. Destaco que el paso científico consiste justamente en eso: librarse de las cosas, estrictamente, al nivel llamado *signatura rerum*, del significante que estaría allí dispuesto –dispuesto, por supuesto ¿por quién? Por Dios, porque la *signatura rerum* es de Jacob Boheme-, para significar algo. La marcha científica es eso. Es, por cierto, puntuar el mundo de significantes matemáticos, pero detenerse justamente frente a eso que sea para significar, porque era lo que hasta allí había enredado todos los terrenos, y que se llama impropriamente el finalismo. Nosotros también somos finalistas para todo lo que ha existido antes del discurso de la ciencia. Es totalmente claro quenada en ninguna ley está allí para otra cosa que para desembocar en cierto punto, por supuesto.

El discurso científico es finalista, completamente, en el sentido del funcionamiento. No nos damos cuenta de que este finalismo, sería el finalismo que fuera hecho para enseñarnos algo, por ejemplo, para incitarnos a la virtud, para embaucarnos simplemente en un mundo que pueda ser completamente estructurado sobre causas finales. Sería fácil demostrar que la física moderna es perfectamente finalista. La idea misma de conservación de la energía es una idea finalista, también la de entropía, pues, justamente, lo que muestra es hacia qué freno va eso, necesariamente. Lo que hay de cambio es que no hay finalismo justamente por eso: que eso no tiene ninguna especie de sentido.

(...) Es necesario despegar el sentido que se le da corrientemente a lo subjetivo y a lo objetivo. Lo subjetivo es algo que encontramos en lo real. No que lo subjetivo esté dado en el sentido que entendemos habitualmente por “real”, es decir, que implique la objetividad. La confusión se hace sin cesar en los escritos analíticos. Aparece en lo real en tanto que lo subjetivo supone que tenemos frente a nosotros un sujeto que es capaz de servirse del significante como tal y de servirse del significante como nosotros nos servimos de él: servirse del juego significante no para significar algo, sino precisamente para engañarnos sobre lo que hay que significar, servirse del hecho que el significante es otra cosa que la significación, para presentarnos un significante engañoso.

En resumen, como pueden ver, no es de ayer que insisto en este sesgo clave. Es muy curioso que la posición del analista no permita sostenerse allí indefinidamente. No es así incluso solamente porque lo que se llama la Internacional, por razones totalmente contingentes, le hace obstáculo. E incluso hombres que, en fin, yo había formado en un momento, ellos... Lo que en suma he intentado instituir de ello ha terminado en lo que llamé en alguna parte, negro sobre blanco, un fracaso.¹ No está allí lo esencial, porque un fracaso, sabemos muy bien lo que es por la experiencia analítica: es una de las formas del éxito. Uno no puede decir que, al fin de cuentas, yo no haya triunfado en algo. Triunfé al lograr que algunos analistas se preocupen por ese sesgo que ensayé explicarles: cuál es el clivaje entre el discurso analítico y los otros. Y luego de algunos años diría que todo el mundo está interesado. Todo el mundo está interesado en nombre de esto: que hay algo que ya no gira en redondo. Hay en alguna parte, del lado de lo que se llama tan gentilmente, tan cariñosamente, la juventud, como si fuera una característica... a nivel de la juventud hay algo que no marcha más del lado de cierto discurso... del lado del discurso

¹ Cf. De Roma 53 a Roma 67. *El psicoanálisis. Razón de un fracaso*. Scilicet 1, Seuil, París, 1968, p. 42.

universitario, por ejemplo. No tendré tiempo probablemente de comentarles el discurso universitario.

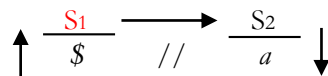
Es el discurso eterno, el discurso fundamental. El hombre es con todo un animal curioso, extraño, ¿no? ¿Dónde hay en el animal el discurso amo? ¿Dónde es que en el reino animal hay un amo? Si no les salta a los ojos enseguida, a la primera aprehensión, que si no habría lenguaje no habría amo, que el amo no se da nunca por la fuerza o porque simplemente comande, y que como el lenguaje existe ustedes obedecen... y que al igual que eso los vuelve enfermos, eso no continúa así como así.

Todo lo que pasa a nivel de lo que se llama la juventud, es muy sensible porque lo que pienso es que si el discurso analítico hubiera tomado cuerpo, sabrían mejor lo que hay que hacer para hacer la revolución. Naturalmente, es necesario no engañarse, ¿no? Hacer la revolución, pienso que a pesar de todo, ustedes, otros, que están allí y a quienes me dirijo, deben haber comprendido lo que eso significa...que eso significa volver al punto de partida. Es incluso porque perciben que está demostrado históricamente: a saber, que no hay discurso del amo más malintencionado que en el punto donde se ha hecho la revolución. Querrían que eso pasara de otra manera. Evidentemente podría ser mejor. Lo que sería necesario es llegar a que el discurso del amo sea un poco menos primario y, para decirlo todo un poco menos tonto (con).

(Risas).

¡Cómo saben francés!, ¿eh? Es maravilloso. En efecto, si observan mis pequeñas fórmulas giratorias, deben ver que la manera con la cual estructuro ese discurso analítico, es exactamente la opuesta de la que es el discurso del amo. A saber, que a nivel del discurso amo, lo que llamé hace un rato el significante amo es eso:

(Indica al S_1 en la pizarra).



Es de lo que me he ocupado por el momento: *hay del Uno*. El significante es lo que ha introducido en el mundo el *Uno*, y basta que haya del Uno para que eso (*indica el S_1 en la fórmula del discurso amo*), comande a S_2 , es decir, al significante que viene después. Después de que el *Uno* funciona, él obedece. Lo que tiene de maravilloso es que para obedecer es necesario que sepa algo. En efecto, lo propio del esclavo, como se expresaba Hegel, es saber algo. Si no supiera nada, no valdría la pena mandarlo a lo que sea. Pero por este único privilegio, esta sola *primariedad*, esta sola existencia inaugural que hace el significante, por el hecho de que hay el lenguaje, el discurso del amo, eso marcha. Es todo lo que le hace falta al amo, que eso marche.

Entonces, para saber de eso un poco más, justamente sobre los efectos del lenguaje, para saber cómo eso determina lo que llamé con un nombre que no está totalmente hecho para el uso recibido: el sujeto (sería necesario que hubiera habido un trabajo). Si hubiera habido un

trabajo –un cierto trabajo hecho a tiempo en la línea de Freud-, habría podido ser hecho en este lugar...

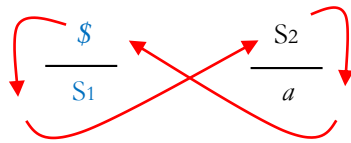
(Lacan indica el lugar en el pizarrón).

$$\frac{\textit{Semblante}}{\textit{Verdad}} \quad \frac{\textit{goce}}{\textit{plus-de-gozar}}$$

En este lugar que designo, en este soporte fundamental que está sostenido de estos términos: el *semblante*, la *verdad*, el *goce*, el *plus-de-gozar*, habría podido ser hecho a nivel de la producción –porque el *plus-de-gozar* es lo que produce este efecto de lenguaje-, habría podido ser hecho esto que se implica del discurso analítico: a saber, un pequeñito mejor uso del significante como *Uno*.

Allí habría podido ser hecho, pero por otra parte, allí no hubiera podido, porque ahora es demasiado tarde. La crisis, no del discurso del amo, sino del discurso capitalista, que es su sustituto, está abierta. No es que yo diga que el discurso capitalista esté mal, es al contrario algo locamente astuto. En fin, es después de todo lo más astuto que se ha hecho como discurso. No por eso está menos consagrado a reventar. Es que es insostenible. Es insostenible en un truco que podría explicarles. El discurso capitalista está allí...

(Lacan indica la fórmula en la pizarra).



Ustedes lo ven: una pequeñísima inversión entre el S1 y \$ barrado, que es el sujeto, eso basta para que eso marche sobre ruedas. No puede marchar mejor. Pero justamente eso marcha demasiado rápido, eso se consume, se consume tan bien que se consume.

Ahora ustedes están embarcados. Están embarcados, pero hay pocas chances de que aunque sea se pase en serio al filo del discurso analítico, salvo, de esta manera, bueno, al azar. En verdad creo que no se hablará más del psicoanalista en la descendencia, si puedo decirlo, de mi discurso, de mi discurso analítico. Alguna otra cosa aparecerá que, por supuesto, debe sostener la posición del semblante, pero a pesar de todo eso será... pero eso se llamará quizás el discurso “PS”. Un “PS” y luego una “I”. Esto será conforme, por otra parte, con la manera en que se enuncia que Freud viera la importación del discurso psicoanalítico en América: sería el discurso “PST” (*PSicoTerapia*). Añadan un “E”, eso hace “PESTE” (*PESTerapia*). Un discurso que sería, en fin, verdaderamente apestoso, todo entero consagrado, en fin, al servicio del discurso capitalista. Eso quizás un día pueda servir para algo, si, por supuesto, todo el asunto no se afloja totalmente antes.

En resumen, son las ocho menos cuarto y hace una hora y media que hablo. Les dije que la cuarta parte de lo que había preparado para decirles esta noche. Pero quizás no es impensable que, a partir de lo que les indiqué de la estructura del discurso capitalista y del discurso analítico, alguien me plantee algunas preguntas.

(...)

Muy buena gente, pero totalmente inconscientes de lo que decía Marx, se divierten con eso...sin Marx. La plusvalía es eso, el plus de gozar...

(Ruido en la sala).

Pero qué es lo que esta gente ha comprendido, es maravilloso. Ellos se dicen: “*Bien voila, es verdad*”. No hay más que eso para hacer funcionar el sistema. Es la plusvalía. El capitalismo recibió de ella, en fin, ese brinco, ese aleteo que hace que actualmente...

Es algo de esta manera, un poco análogo, pero no del mismo sentido... yo diría que ellos habrían podido hacerlo, si verdaderamente la gente trabajara un poco, si verdaderamente interrogaran al significante, el funcionamiento del lenguaje. Si lo interrogaran de la misma manera que lo interroga el analizante –como lo llamo-, es decir, no un analizado (*psicoterapizado*), puesto que es él quien hace el trabajo: el tipo que está en análisis. Si ellos lo interrogaran de la misma manera, quizás saldría algo.

Es la regla analítica. Nunca les sucedió que se diga, no simplemente que el tipo tiene una veleidad. Uno lo fuerza a decir algo, y allí, es allí que se lo atrapa, porque a pesar de todo la interpretación analítica, incluso cuando está hecha por un imbécil, a pesar de todo juega sobre algo, a nivel de la interpretación. Se le muestran algunos efectos lógicos de lo que dice, que se contradice a la vez. Contradecirse es cosa de todo el mundo. Pero uno no puede contradecirse de cualquier manera. Hay contradicciones sobre las cuales se puede construir algo, y otras sobre las que no se puede construir nada. Tal es el discurso analítico. Se dice algo, muy precisamente a nivel donde el significante es el *Uno*, la raíz misma del significante. Lo que hace que el significante funcione, porque es allí que se atrapa el *Uno*, es allí que *hay del Uno*.

(...)

Estamos en eso, por otra parte, a pesar de todo llegan a pequeñas cogitaciones, que nos parecen completamente superfluas del lado de la interrogación de los números enteros –porque con todo, la teoría de los conjuntos, Cantor y todo el resto, eso consiste justamente en preguntarse por qué hay del Uno. No es otra cosa. Y quizás, con un poco de esfuerzo, se llegará a apercibirse de que los números enteros, que se los llama naturales, no son tan naturales, así como el resto de los números.

En resumen, hay algo que debería sobrevenir en cierto nivel, que es el de la estructura. Han transcurrido tres cuartos de siglo desde que Freud ha sacado esta fabulosa subversión de

todo lo que era, y hay otra cosa que ha corrido, y muy bien, que se llama nada menos que el discurso de la ciencia, que por ahora conduce el juego. Conduce el juego hasta que se vea con el límite. Y si hay algo que es correlativo de este nacimiento del discurso de la ciencia, algo que no tenía ninguna chance de haber aparecido antes del triunfo del discurso de la ciencia, es el discurso analítico. Freud es absolutamente impensable antes de la emergencia, no sólo del discurso de la ciencia, sino también de sus efectos, que son, desde luego, siempre más evidentes, siempre más patentes, siempre más críticos, y de los cuales se puede considerar, todavía no se lo ha hecho... quizás un día habrá un discurso llamado así: *“el mal de la juventud”*.

Pero hay algo que grita: una nueva función que no termina de surgir, ¿no? De abordar quizás, salvo accidente, un nuevo punto de partida en la instauración de lo que llamo discurso. Dije apenas lo que es un discurso. Un discurso, ¿qué es? Es lo que en el orden, en el ordenamiento de lo que se produce por la existencia del lenguaje, hace función de lazo social. Quizás hay un lazo social natural. Es allí que se dividen, eternamente, los sociólogos. Pero, personalmente, no creo en nada de eso. Y no hay treinta y seis posibles. No hay en condiciones más que cuatro. Significantes, es necesario que hay al menos dos. Eso quiere decir, el significante en tanto funciona como elemento, lo que se llama elemento en la teoría de los conjuntos: el significante en tanto es el modo en el cual se estructura el mundo, el mundo del ser parlante, es decir, todo el saber.

Hay por consiguiente S1 y S2 –es de donde es necesario partir para esta definición que el significante es lo que representa un sujeto para otro significante. Ese sujeto no es lo que creemos, no es el sueño, la ilusión, es todo lo que hay de determinado por este efecto del significante. Y eso va mucho más lejos que eso de lo que cualquiera es consciente, o sea, connivente. Ese es el descubrimiento de Freud: que de los efectos del significante, hay toda una parte que escapa totalmente a lo que llamamos corrientemente el sujeto. Notemos bien que es el sujeto determinado hasta en sus mínimos detalles por los efectos del significante. Sabemos lo que produce el lenguaje. ¿Qué produce? Lo que llamé el plus-de-gozar, porque es el término aplicado a este nivel, que conocemos bien, que se llama el deseo. Más exactamente, produce la causa del deseo. Y es eso lo que se llama el objeto “a”.

El objeto “a” es el verdadero soporte de todo lo que vemos funcionar y que funciona de manera más y más pura para especificar a cada uno en su deseo. Es de lo que la experiencia analítica da el catálogo bajo el término de pulsión (...) pulsión que se llama oral (...) un bello objeto, un objeto ligado al hábito de succionar, chupar. Hay los que chupan toda su vida. Pero, ¿por qué chuparían toda la vida si no fuera en el intersticio, en el intervalo de los efectos del lenguaje? El efecto del lenguaje en tanto es aprendido al mismo tiempo, salvo que quede completamente idiota. Es eso lo que da su esencia... y su esencia de tal manera esencial que es eso, la personalidad: es la manera con la cual alguien subsiste frente a este objeto “a”. Hay otras e intento decir cuáles.

Pero allí, sobre ese asunto, el psicoanalista, como Freud, nunca más que Freud, nunca más ni mejor que Freud...se ha agregado, por supuesto, detalles, una estructura, un estatuto, sobre esta función del objeto “a”. Melanie Klein aportó una gran contribución, y también algunos otros, Winnicott, con el objeto transicional... Es eso, es la verdadera alma, la nueva subjetividad, en el sentido antiguo. Es eso lo que aprendemos en la experiencia analítica. Es por

consiguiente allí que muchos psicoanalistas...Es el rol que juegan a nivel del semblante. Es lo que los agobia, es la causa del deseo, en ese a quien le abren la carrera de analizante. Es allí que podría... quizás salir otra cosa...algo que diera un paso hacia otra construcción...Es para saber de lo que se trata después de todo, al fin de cuentas, es que la experiencia se vuelva tan corta como sea posible –es decir, que el sujeto con algunas interpretaciones se sostenga, abandone y encuentre una forma de malentendido en el cual pueda subsistir.

6

¿Qué otra persona me plantea una pregunta?

X: *¿Cuál es la diferencia entre el discurso amo y el discurso capitalista?*

Lo he indicado hace un rato, hablé latín, la canción de siempre no es entre el sujeto y el S1. Si quieren hablaremos de eso al final, en una comisión más pequeña, pero lo indiqué.

Y: *¿Cuál es el rol del aparato algorítmico en –excuse la palabra-, el sistema? Si estamos en el lenguaje, qué metalenguaje podría hablar de cadena significante? Y su estilo mismo es la prueba de que no hay metalenguaje posible.*

Es necesario decirle a la gente que habla de metalenguaje: entonces, ¿dónde está el lenguaje?

Y: *De acuerdo, eso es muy fácil. Pero ¿cuál es el aparato algorítmico en la medida en que él escapa al lenguaje natural, que no es metalenguaje, que no está sometido al metalenguaje? Desde el momento en que emplea un aparato algorítmico, ¿no intenta bloquear esa fuga, ese “derrapaje” continuo de la cadena significante en algo que la define por fuera? Salvo si la cadena significante no es el lenguaje natural sino un aparato lógico algorítmico. Si usted emplea el aparato algorítmico para definirla y bloquearla, ¿no es el aparato algorítmico el único deseo finalmente cumplido?*

Es muy pertinente, excepto que eso de lo que se trata en lo que usted llama muy justamente algoritmo no sale de la experiencia analítica misma. Lo que toma sentido, siempre lo articulé expresamente, lo que toma sentido válidamente está siempre ligado a lo que llamaría el punto de contacto. Y frecuentemente es un punto de contacto ideal, como la teoría matemática. Es por eso que ese S1, este *Uno del significante*, funciona en dos puntos, en dos lugares diferentes, en esta tentativa de reducción radical, que puede tener sentido, traducida de un discurso al otro. Es por eso que en esos cuatro discursos, los términos nunca están en el mismo lugar funcional, que después de todo –para lo que nos interesa eso puede articularse de esta manera al algoritmo- que haya convergencia entre el límite donde se sostiene por un instante la lógica matemática y los problemas de nosotros analistas que ensayamos dominar un poco lo que hacemos. Que haya convergencia, que haya el mismo límite algorítmico...la función del límite...no podemos decir cualquier cosa. Incluso los analistas más tradicionales no se permitirán decir cualquier cosa.

Es lo que escribí allí: *“que se diga –no sé cuándo lo escribí- como hecho, queda olvidado –digo habitualmente- detrás de lo que se dice en lo que se escucha”*. “En lo que se escucha”, ¿con qué se

relaciona? Es perfectamente ambiguo. Eso puede relacionarse a “queda olvidado” –es el “que se diga” el que puede quedar olvidado en lo que se escucha- ¿o es “lo que se dice en lo que se escucha”? Es un uso perfectamente ejemplar de la ambigüedad a nivel de la estructura general – transformacional. Es tonto, todo el mundo lo hace, por supuesto que no se lo percibe.

¿Qué es lo que hay enseguida ahí abajo? *Este enunciado que es asertivo por su forma*, que califiqué de universal, *pertenece a lo modal por lo que emite de existencia*. Apenas tuve tiempo de asistir hoy a lo que es de la existencia: había comenzado bastante claro y luego, en fin, como es habitual, yo mismo estoy bajo mi fardo más o menos doblegante. Pero en fin, lo que es totalmente es que estamos en eso: interrogar el “existe” a nivel del mathema, a nivel del algoritmo. No es más que a nivel del algoritmo que la existencia es admisible como tal. A partir del momento en que el discurso científico se instaura, eso quiere decir todo saber, no se inscribe más que en el mathema. Todo saber es un saber enseñable. Estamos ahí, para plantear la existencia como siendo lo que está ligado a la estructura-algoritmo.

Es un efecto de la historia que estemos en interrogarnos, no sobre nuestro ser sino sobre nuestra existencia: que yo pienso “*pienso, luego soy*” –entre comillas: luego yo soy. O sea, a partir de lo que nace la existencia, allí estamos. Es el hecho de *que se diga* –que es algo que viene a surgir en la actualidad histórica. Y allí no pueden decir de ninguna manera que es un hecho de deseo teórico, de mi parte por ejemplo. Es así que las cosas se sitúan, emergiendo. La emergencia como tal del ordenamiento del discurso: es a partir de allí que hay emisión de existencia como de algo que está también a nivel de ese pequeño “a” cuyo sujeto se divide. Es una cuestión que me parece, en fin, porque vengo de responderles, en fin, espero.

Milán, Univerdità degli Studi, via Festa del Perdono 6
12 de mayo de 1972.